

Vivir el amor de la amistad. «Un amigo fiel es un bálsamo de vida» (*Sir* 6,14)

Angela Tagliafico

Doctora en Teología espiritual y profesora estable del Instituto Superiore de Ciencias Religiosas del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

Introducción

En la tradición cristiana existe una gran familiaridad con el tema de la amistad en relación con la historia de los santos, y no es exagerado decir que la amistad es el paradigma de la vida cristiana. Algunos nombres son como inseparables: Basilio de Cesarea y Gregorio de Nacianzo, obispos y doctores de la Iglesia, celebrados, además, el mismo día. Y cómo no recordar la fuerza de los amigos que fundaron la Compañía de Jesús, en particular la amistad que unió a Ignacio de Loyola y a Francisco Javier, o la amistad de los que reformaron el Carmelo, en particular la que unió a Teresa de Ávila y a Jerónimo Gracián.

La amistad surge del milagro de la reciprocidad y se une a la fraternidad que manifiesta la acogida y la obediencia a la misma voz y al mismo origen¹. En las comunidades religiosas es importante la experiencia de la auténtica amistad, para madurar las relaciones de fraternidad y sororidad, y para descubrir la realidad de la consustancialidad en la vida de la Iglesia, la fuerza del mismo origen en el único Padre.

Por lo tanto, es cierto que la amistad se ordena a la salvación como aquella gracia que es más conforme con la naturaleza misma de la salvación. Florensky (1882-1937), filósofo, místico y sacerdote ortodoxo ruso, afirma: «Como el misterioso nacimiento del Tú, la amistad es el ámbito en el que comienza la revelación de la Verdad»².

¹ «El amigo es el que ama más allá de toda búsqueda personal, interesada o utilitaria; y con todo su ser está disponible para acoger al otro, deseoso de ofrecerse como don. El amigo disfruta de la paz que existe con el amado como si fuera la suya propia, y percibe que el otro le devuelve el mismo amor benévolo» (J. LACROIX, *Dio vivo e idoli viventi*, Massimo, Milano 1957, 48).

² P. FLORENSKY, *La colonna e il fondamento della verità*, Edizioni Mimes, Milano 2012, 321.

La auténtica amistad lleva consigo una llamada ascética y una promesa eclesial, escribe Elredo de Rieval (1110-1167), monje cisterciense anglosajón: «la amistad está tan cerca de la sabiduría y tan llena de ella, que podría afirmar sin miedo que no es otra cosa que sabiduría»³. Nuestras verdaderas amistades, pues, son como el río que nos hace fecundos de sabiduría.

Queda el hecho increíble y maravilloso de que la presencia de Dios con nosotros y en nosotros es sin duda la forma más elevada y fundante de la amistad, ya que la inhabitación trinitaria es la amistad, a través de la cual, por el Amor, Dios habita en el alma.

El valor de la amistad es probablemente el más bello legado de sabiduría transmitido por los antiguos, y no es casualidad que la primera obra en chino del jesuita italiano Matteo Ricci (1552-1610) esté dedicada precisamente a este tema. Consiste en una recopilación de cien sentencias sobre la amistad tomadas de los clásicos griegos y latinos, y despertó un gran asombro en los chinos, que enseguida admiraron la sabiduría y la riqueza espiritual que traía el hombre del lejano Occidente⁴.

1. La amistad: una experiencia de auténtico encuentro

Un elemento especialmente evidente de la amistad es que se diferencia de las relaciones en las que predomina lo exterior, como la camaradería o las simples citas. Mientras que éstas surgen sobre la base de una acción común, en el caso de la amistad es necesario viajar en una longitud de onda diferente, y abrirse al mundo de la interioridad del otro.

La amistad es ante todo una experiencia de encuentro, más exactamente de presencia y reconocimiento mutuos de dos personas en un viaje. Esto se traduce en signos perceptibles, como la alegría del encuentro, la inmediatez de la comunicación y el placer que ésta produce. Es el placer de la presencia como tal. La amistad es fundamentalmente una experiencia de alegría, porque el amigo está ahí, y esto conlleva implicación, vinculación, crecimiento, confianza, lealtad y corresponsabilidad.

De hecho, lo que se experimenta en una relación de amistad no es solo el valor del otro por su presencia, sino también la experiencia del propio valor personal. El filósofo francés Jean Lacroix (1900-1986) escribe: «junto a mi amigo, descubro que soy más rico, más vivo y más fuerte de lo que creía,

³ AELREDO DI RIEVAUX, *L'amicizia spirituale*, Edizioni Paoline, Milano 1996, 10.

⁴ La edición italiana de este texto es la siguiente: M. RICCI, *Dell'amicizia*, Quodlibet, Macerata 2005.

reconocido en mi singularidad. El amigo me hace justicia, sin convertirse en juez de mi persona. De ahí el lado reposado y pacificador de la amistad»⁵.

Además, la amistad es una experiencia de concordancia y armonía, ciertamente no una búsqueda de lo similar, ni del propio “alter ego”; si así fuera, de hecho, no tendríamos amistad sino una especie de egoísmo en dos; la amistad, en cambio, nace de una afinidad percibida mucho más profunda que la simple similitud, y tiene como signo distintivo el asombro de la pregunta: «¿tú también ves la misma Verdad?»

Por lo tanto, podemos asemejar la amistad a la fraternidad, debido a ciertas dinámicas comunes, pero a una fraternidad de elección, y que se funda más en el reconocimiento y el compartir que en el juego de espejos de la similitud o la diferencia. Sin duda, la similitud y la disimilitud entre las personas influyen en la dinámica de la amistad, favoreciendo o limitando el entrelazamiento de los elementos que determinan la relación, pero ciertamente no constituyen su base fundamental. La amistad entre dos personas, en efecto, nace de un acontecimiento, de una experiencia de encuentro, y se construye a lo largo de una historia hecha de gestos, de compartir y de alternar palabras y silencios, que van más allá de las simples afinidades.

La imagen que mejor se adapta a la amistad es sin duda la del viaje, que no tiene lugar en una situación “cara a cara”, frente a frente (de hecho, esta imagen es sobre todo una representación de una relación conyugal), sino más bien, uno al lado del otro, esforzándose por alcanzar una meta. La mirada de los amigos se dirige hacia un horizonte común, pero libremente visitado por cada uno⁶.

Lo que une a los amigos va más allá de sus personas, el vínculo de amistad presupone y necesita la apertura a una realidad que va más allá de los propios amigos, cuya sintonía se nutre de la tensión, la búsqueda, la aspiración que los unió, y siempre está enraizada en la pregunta: «¿tú también ves el mismo Bien?», ante la vida que los desafía. La amistad, de hecho, está relacionada con la tensión hacia un bien compartido.

La dinámica fundamental de la amistad, que está en el origen de la experiencia, es la del reconocimiento: los amigos se descubren mutuamente, cada uno reconoce la mejor parte del otro, ciertamente no por una especie de complacencia, sino porque uno permite al otro ser mejor.

⁵ J. LACROIX, *Dio vivo e...*, 401.

⁶ «Cada persona está llamada a vivir una maduración afectiva progresiva que le hace pasar del deseo de poseer al otro para utilizarlo, a aceptarlo como persona amable, libre y distinta de sí misma» (M. CAMISASCA, *La casa, la terra, gli amici*, San Paolo, Milano 2011, 56).

La amistad, por tanto, es realmente una experiencia de revelación: al intuir, reconocer y experimentar el misterio de la presencia del otro, se tiene la posibilidad de acceder a una nueva revelación de uno mismo y, al mismo tiempo, a una nueva y más profunda dimensión de la propia interioridad. Y así la amistad se convierte en una oportunidad para tomar plena conciencia de uno mismo⁷.

La amistad nace de una experiencia de encuentro, y crece si esta experiencia es confirmada y relanzada por encuentros posteriores; este compromiso inherente a la relación de amistad constituye la tensión de fidelidad mutua que logran los amigos.

La fidelidad es esencial y constitutiva de la amistad, ya que constituye la exigencia de lealtad, confianza y responsabilidad hacia el amigo, exigencia que surge de la confianza suscitada y de las confidencias mutuas resultantes. Además, la lealtad a la amistad es la advertencia de no romper la relación que se ha establecido y, al mismo tiempo, lo que conecta las reuniones periódicas.

En estos encuentros ocurre algo maravilloso: a pesar de la interrupción, la conversación se reanuda como si se acabara de ir, es decir, la sensación de continuidad prevalece sobre la realidad de la inevitable discontinuidad. Esto se debe a que el diálogo entre amigos es realmente un compartir la vida y siempre evita la banalidad, la idealización y la nostalgia estática de una armonía pasada, que son características típicas de las relaciones humanas no amistosas.

La garantía de la veracidad de la amistad, por tanto, es el compromiso de permanecer fieles el uno al otro, manteniendo siempre una apertura a la novedad del otro, es decir, mantiene un equilibrio entre la conciencia de la solidez del vínculo y la libertad de caminar individualmente pero juntos⁸.

Jean Lacroix continúa escribiendo: «para que la amistad permanezca viva, debe ser fundamentalmente receptiva, abierta a lo desconocido, o incluso a lo que está por venir, es decir, a la alteridad del otro»⁹.

Dado que el otro es precisamente “otro”, y existe independientemente de mí, no me pertenece, ni me pertenecerá nunca (so pena de perder cualquier relación de amistad si existe un mínimo deseo en este sentido, lo cual es un indicio de no-salud psicoafectiva en la persona que lo siente), y los

⁷ «El amigo auténtico es una persona libre porque sabe conocerse a sí mismo y al otro según la realidad; sabe ponerse a disposición de la aceptación completa del otro y sabe ofrecer un amor que valora al amigo» (M. BLANCHOT, *L'amicizia*, Marietti, Genova 2021, 34).

⁸ Cf. J. KELEN, *Le amicizie riuscite*, Paoline, Milano 2010, 67.

⁹ J. LACROIX, *Dio vivo e...*, 452.

gestos que se realicen en el contexto de la amistad serán siempre gestos de desposesión, o tendrán siempre y necesariamente el carácter de gratuidad y desprendimiento, al tiempo que expresan una sólida pertenencia mutua.

En la amistad lo que cuenta es el valor del otro, que esté ahí, que siga su camino y dé frutos, y cada encuentro es una oportunidad para contarse las etapas que uno está atravesando, compartir alegrías, esperanzas, fracasos y dificultades, estimularse a continuar, darse consejos e incluso advertencias, y disfrutar de la comprensión mutua.

La relación de amistad se beneficia de la mediación fundamental de la palabra, y más precisamente de la Palabra auténtica, que es la que genera la vida y es capaz de evocar y revelar la interioridad ofreciéndola al amigo, para que éste pueda disfrutarla amable y gentilmente.

2. Un viaje que comienza dando dos pasos fundamentales

La amistad, por su propia naturaleza, tiene como objetivo establecer relaciones que implican el interior de la persona; más exactamente, tiene como objetivo formar relaciones personales. Precisamente porque implica a toda la persona (cuerpo, alma y espíritu), y no tiende a la terminación recíproca de los sujetos (típica de las relaciones conyugales), la amistad permite captar al otro en su verdad y, al mismo tiempo, se configura también como una búsqueda común de la verdad y del bien personal.

La amistad es un viaje que emprenden dos personas y que comienza con dos pasos: el conocimiento del “tú”, es decir, del otro en tanto que es otro, y el descubrimiento del otro más allá de su propia persona, es decir, en su propia vocación. Los creyentes saben por experiencia que el “tú” solo es conocible en su relación con el Tú de Dios¹⁰.

a. Deja que seas, y sé como eres

El primer paso en el camino de la amistad consiste en romper la tendencia egocéntrica que habita en nosotros: el otro existe en su alteridad independientemente del “yo” que lo postula. Si a través de la inteligencia podemos conocer un poco a la persona, en la amistad podemos llegar a la esencia del otro, como la de un ser que es lo que es, independientemente de que yo lo coloque.

¹⁰ En este sentido se profundiza la unión afectiva con el amigo y se logra una mayor intimidad amistosa con Dios. Cf. M. BALDINI, *L'amicizia secondo i santi e i mistici*, Queriniana, Brescia 1998, 39.

El que es otro que yo no es un “no-yo”, sino que es un “otro-yo”, es decir, un “tú” con identidad propia. En la amistad no puede haber ningún intento, ninguna tendencia a lo idéntico, porque es lo contrario de cualquier relación que homologue, o que una a los iguales tendiendo a una fusión según un modelo totalitario: la relación de amistad une en la diversidad y diversifica en la unidad¹¹.

El camino de la amistad me lleva a amar a mi amigo en la medida en que es quien es, y quiero su bien porque lo amo en la medida en que reconozco y aprecio en él, no solo sus cualidades contingentes, sino su naturaleza personal. En esta perspectiva, la amistad es una forma de amor, y una disposición estable ligada a la lealtad en el tiempo.

La relación de amistad es siempre un genuino y sano desinterés por uno mismo y la afirmación del valor del otro, por lo que supone salir de uno mismo y pasar de la propia interioridad a la del otro, respetando al amigo al que siempre sitúo como otro que yo y al que me uno a través de ese necesario desprendimiento que caracteriza la relación de amistad. La eliminación de esta salida y la supresión de este desprendimiento equivalen a la destrucción de la amistad, porque implican tratar al otro como un objeto para mi propio uso.

b. «Los paralelos se encuentran en el infinito»¹²

a connotar el segundo paso en el camino de la amistad, he utilizado la frase anterior, de la filósofa y mística francesa Simone Weil (1909-1943), que define la amistad como los paralelos que se encuentran en el infinito y «un milagro por el que un hombre acepta mirar de lejos y, acercándose justo, a otro hombre, que le es tan necesario como el alimento»¹³.

La característica del desprendimiento de la que hablaba antes pone de relieve otra peculiaridad de la amistad, que amplía el horizonte de nuestra reflexión, y que el filósofo Lacroix describe casi en sintonía con Weil: «hay en la amistad algo universal y algo singular: es el descubrimiento de la noción universal de alteridad, en la experiencia singular de una alteridad singular»¹⁴.

El camino de la amistad disipa la superficialidad de los gestos y las palabras y conduce a una profundidad de relación en la que los amigos, aunque distintos, se encuentran en plenitud en el descubrimiento de sí mismos y del otro, en un más allá que funda juntos su distinción y su vínculo.

¹¹ Cf. M. CAMISASCA, *La casa...*, 76.

¹² S. WEIL, *Attesa di Dio*, Adelphi, Milano 2008, 132.

¹³ S. WEIL, *Attesa di Dio*, 23.

¹⁴ J. LACROIX, *Dio vivo e...*, 543.

De hecho, la amistad está constituida por una realidad paradójica: el yo y el tú son diferentes y, sin embargo, se redescubren unidos, permaneciendo desprendidos en el vínculo. Amar siempre significa ir más allá de uno mismo, y el “nosotros” de la amistad se redescubre precisamente dentro de esta realidad paradójica: la tensión común hacia lo que satisface plena y personalmente a cada uno de los amigos y al mismo tiempo los supera¹⁵.

La premisa básica de la amistad es que cada persona no es un ser realizado, sino que está en un viaje, y su propia identidad está en proceso de convertirse. Por tanto, lo que se ama del amigo no es solo lo que es ahora, sino lo que se va produciendo en él, es decir, su tensión hacia el Tú de Dios.

3. Sé lo que eres, porque solo así podrás ayudarme de verdad a ser lo que soy

Teniendo en cuenta los dos pasos iniciales del camino de la amistad, que son: la atestación de la alteridad y la construcción de una relación que mantenga el equilibrio entre la pertenencia y la libertad recíproca, inscribo la amistad en la categoría de “reconocerse”: un “yo” elige ser relativo a un “tú”, es decir, estar en referencia a otro, y en esta relación, “algo” de uno se refiere a “algo” del otro y viceversa.

Este “algo” constituye el punto de encuentro que las dos personas reconocen como común y que connota la pregunta fundadora de la relación de amistad: «¿también ves la misma Verdad y el mismo Bien?»

Si este reconocimiento fuera solo un juego de espejos, por el que uno ve en el otro lo que le es afín y similar, no podríamos hablar de una relación de amistad, porque no habría un reconocimiento efectivo de la alteridad y la libertad del otro. Si, por el contrario, en virtud del dinamismo de la naturaleza humana, el reconocimiento concierne a ese “algo” que eleva el camino propio y ajeno, transmite la vida y estimula el vivir, la relación es de amistad, es decir, estimula a los amigos, juntos, a buscar y alcanzar la plenitud de la propia vocación personal¹⁶.

¹⁵ «Subrayo cómo la amistad vivida entre creyentes es una nueva capacidad de amar, ya que el Espíritu confiere la posibilidad potencial de compartir el propio modo teándrico de amar del Señor. El cristiano está llamado a ser un amigo en Cristo, con Cristo y por Cristo» (M. BALDINI, *L'amicizia secondo...*, 43).

¹⁶ «La amistad supone, pues, una continua purificación pascual de muerte y resurrección para llegar a una expresión cada vez más genuina de la caridad amistosa de Cristo resucitado» (J. KELEN, *Le amicizie riuscite*, 55).

Por eso, el amor a la amistad es vital, hasta el punto de que en el texto bíblico del Eclesiástico se describe su elogio: «un amigo fiel es una protección poderosa, quien lo encuentra encuentra un tesoro. Para un amigo fiel no hay precio, ni peso para su valor. Un amigo fiel es un bálsamo de vida; los que temen al Señor lo encontrarán. El que teme al Señor es constante en su amistad, pues como uno es, así será su amigo» (*Sir* 6,14-17).

La imagen bíblica del “bálsamo” recuerda los sentidos corporales del tacto y del olfato, que tienen un fuerte y vasto poder evocador, porque rememoran un perfume penetrante que no solo se extiende e impregna, sino que restaura la vitalidad, alivia las heridas y, al mismo tiempo, vivifica. Por eso: «quien encuentra un amigo encuentra un tesoro».

Convertirse en amigos es tanto un regalo como una elección mutua, ya que esta relación no se basa en relaciones naturales, sino en una elección de amor puro. Y como toda elección de amor puro, si uno no habita sabiamente en su propio corazón, si no se relaciona con el peso y la medida justa con la realidad, y si no es capaz de vivir en la intimidad con uno mismo y así poder compartir con ternura (es decir, con profunda, suave y delicada bondad) dicha intimidad con otro, no podrá establecer ninguna relación de amistad.

Conclusión

Al final de esta breve reflexión sobre la amistad, ¿qué nos queda? Podríamos hablar largo y tendido de la importancia de la amistad y de sus dinámicas profundas, pero al mismo tiempo correríamos el riesgo de disecar lo que se nos ha dado como oportunidad de detenernos en un misterio que nos supera.

La invitación que nos llega desde la amistad es una invitación a emprender un camino que estamos llamados a recorrer día tras día, y que se hace eco del misterio mismo de la vida. Cada persona es libre de vivir su propia vida, pero la experiencia humano-espiritual nos enseña que no es posible vivir solo. La vida y el modo de vivirla nos concierne a todos, y lo que permite la relación de amistad es el reconocimiento mutuo de nuestro ser humano volcado hacia la Verdad, que para nosotros los cristianos se manifiesta en el Amor Trinitario.

El amor de la amistad constituye la alegría de ser encontrado por el otro cuando menos lo esperas, la sorpresa que supone descubrir que siempre tienes algo de ti mismo que revelar al otro y el conocimiento reflexivo de que el otro tiene algo que darte que tú aún no conoces. Y al final, darse cuenta de que todo esto no es solo el fruto de nuestro propio trabajo, sino el resul-

tado de un viaje en una relación que revela la imagen en la que hemos sido moldeados, la de la comunión de un Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Hemos sido creados para establecer relaciones de mutua intimidad y relaciones auténticas, porque Dios, relacionándose con nosotros en la Verdad, nos ha moldeado pronunciando nuestro nombre y soplando su aliento sobre nosotros, para hacernos partícipes de su intimidad. Y cuanto más desarrollamos nuestra capacidad de intimidad, más nos convertimos en nosotros mismos, porque hemos sido creados a imagen de un Dios que, en su intimidad, vive la profundidad de la relación trinitaria.

Vivir el amor de la amistad, pues, para nosotros los cristianos, es caminar hacia la plenitud, y manifestar el icono del Amor de la Trinidad.